



LA LECTURA POPULAR

Año XLVII

Orihuela 1° Noviembre de 1929

Num. 1101

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Primer Congreso Nacional de Acción Católica en España

Convocado por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo como homenaje a Su Santidad Pío XI en su Jubileo Sacerdotal, en Madrid, del 13 al 17 de Noviembre de 1929.—Misas de Comunión y Pontificales en la Catedral.—Sesiones de estudio, teóricas y prácticas, en el Seminario.—Memorias, Conferencias, Lecciones, Discursos, de Acción Católica general y especializada.—Atrayentes programas musicales por la Schola Cantorum SANTA CECILIA, de Bilbao, en las Sesiones Solemnes de la tarde.—Actos de propaganda, por la noche, en la Casa de la Acción Católica.—Peregrinación final al Monumento Nacional del Cerro de los Angeles.—

¿Pertenece V. ya a la ACCION CATOLICA, en cualquiera de sus organizaciones, de Padres de Familia, de la Mujer, de Obreros, de Agrarios, de la Juventud, etcétera, como miembro de filas, Directivo, Presidente? Debe inscribirse como Socio de este PRIMER CONGRESO NACIONAL.

¿No pertenece V. todavía a la ACCION CATOLICA ESPAÑOLA? Con más motivo debe inscribirse para comenzar ya su actuación.

¿Es V. Consiliario o Director, fundador u organizador, periodista o propagandista, protector o protectora de Obras de ACCION CATOLICA? Entonces V. no puede dejar de inscribirse

se en este CONGRESO

Inscríbase cuanto antes y haga que se inscriban sus amigos y las entidades católicas de que V. forme parte.

La cuota es única, de cinco pesetas, tanto para personas como para entidades.

Finalmente, si V. puede, no deje de asistir. La rebaja de los ferrocarriles lo facilita. Cooperará al éxito del CONGRESO. Y obtendrá un gran caudal de enseñanzas, teóricas y prácticas, que le serán útiles para ser un católico de su tiempo, como quiere la Iglesia, como pide el Papa, como lo aconsejan unánimes los Prelados Españoles.

El Director del Secretariado Central de la Acción Católica Española,
Ildefonso Montero

Los gatos escrupulosos

Hoy

Los conservadores:— ¡Rasguemos nuestras vertiduras!

Los liberales:— ¡Echemos ceniza sobre nuestras frentes!

Los conservadores:— ¡Nos trasladan los coros de las catedrales!

Los liberales:— ¡Nos venden las telas de nuestros ternos y las piedras de nuestros templos y las imágenes venerables...!

Los conservadores:— ¡Debemos declarar las iglesias patrimonio nacional!

—**Los liberales:**— ¡Las iglesias son tan nuestras como de los obispos, de los canónigos, de los curas... nosotros somos también la Iglesia...!

Hace años

Los liberales:— Arranquemos a la Iglesia sus bienes. Arrojemos de los conventos a los frailes. Pasen sus monasterios y sus iglesias y sus colecciones de arte y todo lo que tenga algún valor al Estado. Lo que al Estado no aproveche véndase a los particulares o dése barato a los servidores de la libertad.

Los conservadores:— Los hechos consumados hay que admitirlos. Nuestra misión es consolidar el camino abierto por la ola revolucionaria...

La voz de la realidad:— La obra de los liberales y de los conservadores la están proclamando en todo su aspecto bárbaro: las iglesias convertidas en almacenes; los conventos trocados en cuarteles; los monasterios que cubre el musgo: las ruinas del Parral, de Guadalupe, del Poblet...; las hogueras alimentadas con la madera tallada de las viejas encajonadas de las sacristías y con los pergaminos de los archivos monacales...

El gran latrocinio de los abuelos de El Sol y La Voz y de los académicos liberales y conservadores de la Academia de Bellas Artes, el gran robo de la desamortización, causa de la holgura económica de muchos señorones de hoy, pelafustanes de ayer, es el que dió el golpe de muerte al tesoro artístico de la iglesia española; y los hijos de aquellos bárbaros y aprovechados abuelos son los que con su tacañería han dejado a la Iglesia impotente para que con las dotaciones de sus fábricas pueda conservar, nada más que

conservar en pié los templos que aun no se han caído...

Los conservadores y los liberales:— Que se quede el estado con ellos...

• *La voz de la realidad:—* Es decir: pedís otra desamortización, otro robo. El derecho de propiedad tan sagrado cuando se trata de vuestros capitales, deja de ser sagrado e intangible cuando se trata de la Iglesia.

Pero además ¿es que los edificios artísticos que pasaron al Estado se conservan por ventura? ¿Es que durante el gobierno de conservadores y liberales no se fueron al suelo los mejores monumentos del arte antiguo?

¡Ah, gatos escrupulosos! No os acordáis de cuando os comisteis la carne y el asador.

Los que habeis llenado de ruinas el suelo español, los que pusisteis vuestras hachas en el tronco de la gran tradición española; los que habeis perdido llaves para el sepulcro del Cid, los que convertisteis mármoles suntuosos en abrevaderos; los que fuisteis aliados de la hiedra y el musgo, no tenéis derecho a hablar, ni a protestar de que la iglesia, pobre y necesitada, haya alguna vez por necesidad de vender lo que es suyo para poder sostener los muros de sus templos que se le caen, para reparar sus ornamentos que se le deshilan; para reponer sus vasos sagrados que se le rompen...

L. Almarcha

Y del Purgatorio ¿qué?

—¡Ah ladrón, jesuita, cógelas al tiento y mátalas callando! ¿De dónde por estos andurriales, tan embozado en la capa, y a estas horas, buenas sean?

Ya me explico tu ausencia de casino desde primeros de mes. ¡Claro! Como que barbas mayores quitan menores.

El sitio era sospechoso. La noche oscura.

—Si me prometes creerme—hubo de responder el interpelado—te aclararé el enigma.

—Tú sabes que siempre te he tenido por veraz.

—Pues mira, tal es la cosa, que ni aun así es posible que me creas.

—Tal puede ser la bola, que no ha-

ya tragaderas suficientes para que pase.

—Pues, créasme o no me creas, allá va la confesión; afortunadamente no se trata de ningún crimen. Vengo... de la Parroquia de... hacer el Mes de Animas,

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡y qué cosas tan peregrinas las cosas que se le ocurren a este demonio! ¡Conque de la Parroquia y de hacer el Mes de Animas! Ni Lubet aficionado a la Oración nocturna y asomando por debajo del frac el cordón de la Orden Tercera, tendría tanto salero como Arturo Santaña haciendo el Mes de Animas.

—Ya te dije al principio que no ibas a crerme: no me coge de sorpresa tu sorpresa.

—¿De modo que no es cosa de quitar el hipo, que el bufón sempiterno del Purgatorio, el chico de la prensa, que anualmente por este tiempo ponía en solfa cuanto oliera a misas y a sufragios, acabe por caer de rodillas, entre un coro de viejas, ante un túmulo vacío, cercado de blandones y coronado por calavera anónima? ¡Ni al que asó la manteca! ¡ni al que metió a esportones el sol en su portal, creo que se le ocurriría donosura semejante!

—Pues así y todo, chico, mi asistencia al Mes de Animas es un hecho consumado.

—Insisto en que no entiendo mudanza tan radical de pareceres.

—Pues a ver si me explico.

—Venga de ahí.

—Tú sabes que hace ocho meses que se murió mi madre.

—Lo sé, y tú eres testigo de mi comportamiento.

—Que Dios te pague, siquiera en la proporción y con la medida con que yo te lo agradecí. Pues bien. Yo no había creído jamás en el Purgatorio. Repugnaba a mi razón ese intervalo temporal en medio de lo eterno... si lo eterno existía.—Pero ¿y si existe? —empecé yo a pensar—, ¿y si existe, y mi pobrecita madre no tiene quien le rece, necesítandolo, ni quien le mande una misa, de la que acaso dependa su descanso eterno? Si no existe—acabé por decirme—, nada pierdo con sacrificar un poco mi orgullo volteriano; en cambio, si es verdad, eso se encuen-

tra la pobrecita.

—Y fuiste al mes de ánimas; ¿no es verdad?

—Y yendo sigo. ¡Y cada vez más contento de haber acallado mis escrupulos racionalistas! Porque cree, Rafael, que el Purgatorio existe.

—Te lo ha dicho el señor Cura, ¿no es así?

—Me lo ha dicho... mi madre.

—Se te habrá aparecido por de contado. (Esto con mucha chunga).

—Sí, se me ha aparecido. Pero a los ojos de mi razón.

—Sería el primer beato que viera visiones.

—Déjame hablar.

—Tiene Su Señoría la palabra.

—Mi razón necesita un Purgatorio para mi madre.

—¡En mi vida he oído otra!

—¡Porque mi madre era una santa! ¡Porque vivió hecha una mártir! Porque no cabe en cabeza humana que hayan podido quedar sin recompensa tantas virtudes sin panegírico; tantas lágrimas anónimas, tantas caridades sin testigo y sin...

—De donde lo que debía tu razón echar de menos para tu madre es un cielo; un altar, un...

—No he concluído.

—Perdona la interrupción,

—Mi madre, aunque tan buena, aunque tan mártir, deslustraba a las veces su santidad con pequeñas, acaso, imperfecciones: pero, al fin, imperfecciones. Le dolía la ingratitud de sus favorecidos, y se quejaba. Los dolores con que la acrisolaba... Dios...

—¡Ya salió aquello!

—Pues sí: los dolores con que la acrisolaba Dios hacíanla algunas veces, si no desesperarse, lamentarse de ellos... Mi madre necesitaba un crisol que consumiera sus escorias, si en el cielo, como dicen, no hay nada impuro: un algo, en fin, llámese Purgatorio, llámese como se llame, que sea, como ha dicho el predicador de esta noche, *una gran misericordia del Dios de las justicias*; que no va a mandar al infierno al que vivió en la tierra santamente, ni abrir de par en par las puertas de su bienaventuranza a quien salió de la tierra y del tiempo con el polvo del camino. Lo exige la razón.

y si no, fíjate. Condenar al infierno por sólo faltas leves o imperfecciones, sería tiranía por parte de quien lo hiciera. Equiparar los imperfectos con los perfectos; los cristianos corrientes y molientes con los heroicos; mi madre, por ejemplo, con San Vicente de Paúl, injusticia irritante. Yo creo en el Purgatorio y hasta lo echo de menos para ella, o tengo que borrar de una plumada la bondad o la justicia del que sin ser infinitamente bueno e infinitamente justo, no puede ser tal Dios.

—¿De modo que aceptas el Purgatorio?

—Pero con todas sus consecuencias.

—A saber.

—Pues que hay una... sucursal donde imponer valores a nombre de las almas que en él padecen.

—¡Vaya! La Iglesia Católica, Apostólica, Romana, ¿no es así?

—Pero con todas sus consecuencias.

—¡Incluso su Confesión?

—Incluso su Confesión.

—Pensarás confesarte y todo, según eso.

—Mañana, si Dios quiere, último día de la novena.

—¿Qué es lo que me quedaba que ver!

—¿Qué quieres, hijo? Me lo pide mi madre necesitada, y me lo está exigiendo mi lógica razón.

—Pues buen provecho.

—Dios te lo pague.

Y Rafael se alejó de su embozado amigo, no diré que convencido de la existencia del Purgatorio, pero menos recalcitrante contra el dogma que explica de manera tan soberana el eterno consorcio de la infinita bondad y de la eterna justicia.

Juan F. Muñoz Pabón.

CASOS Y COSAS

En pocos días tres atentados contra jefes de Estado: dos Presidentes de República y el heredero del trono de Italia.

El atentado contra el Príncipe Humberto lo explican como protesta del régimen fascista. ¿Y el atentado con-

tra Hoover cómo lo explicarán? Porque Estados Unidos es el país ídolo de las democracias liberales.

El cine es el espectáculo que goza de todas las franquicias.

Lo que no se permitiría en el teatro por depravado que fuese, se permite en el cine.

Lo que no se toleraría ver en casa se tolera verlo en el cine.

Allí se permite todo lo inmoral; allí se aplaude todo lo atrevido, aunque esté penado por todas las leyes si se lleva a la práctica.

Y así se dan casos como el del niño valenciano que sin hacerle falta dinero se descuelga por unos cables de la luz eléctrica y penetra en un piso inferior y roba todo lo que a mano halla..., y luego como no lo necesita lo guarda o lo reparte entre los amigos... Preguntado porqué ha realizado el robo, contesta: Porque lo he visto en el cine.

Son los heroes que está engendrando la película...

Y muchos padres y muchas madres, honrados, envían sus hijos al cine... porque allí están quietos.

El miedo a los estorbos de hoy engendra las tristezas de mañana.

La sociedad, también recibirá con el tiempo el pago merecido por su poca preocupación de los males del cine...

En Madrid han aparecido, inesperadamente, como las estrellas con rabo, las Damas de la Salud.

¿Qué damas son esas? se ha preguntado la gente. ¿Que salud quieren? ¿La salud pública? Ese menester pertenece a los Inspectores de sanidad. ¿La salud privada? Este menester pertenece a cada *quisque* y a los médicos, mediante el pago de sus honorarios. ¿Son damas esas, que pagan los médicos y las medicinas a los que no han dinero? Eso es obra de Caridad; pero si ese es el fin, mejor sería que se llamaran Damas de la Caridad. A no ser que les de vergüenza ese santo apellido, y en ese caso están ya juzgadas.

Mas tememos que no se trata de repartir gratis quinina, ni leche con-

densada ni otras cosas necesarias a la salud, sino de algún yanquismo u otra planta exótica... El título no es para *olfato* de perro español.

Las peregrinaciones españolas a Roma han estado en su apogeo en este mes de Octubre.

Los españoles han tenido acogida cariñosísima por el Santo Padre, el cual ha pronunciado sapientísimos y extensísimos discursos ante ellos. No recordamos haber leído tan extensos discursos a peregrinación alguna, y eso demuestra el aprecio del Pontífice por la Nación Católica.

A. Hernán

El arte y la caridad

Estuve en Londres cuando el inolvidable Gayarre, el de la voz angélica, cantaba en Covent-Garden, y Sarasate, el brujo del violín, daba conciertos en el Palacio de Cristal. Quiero significar con estos recuerdos que el arte español había hecho su entrada triunfal en la corte de la Gran Bretaña. Hasta los negros adoquines de las calles gritaban desde el barro: «¡Viva España!». Me sentí orgulloso de haber nacido en tierra de garbanos y manzanas.

Cierto es que, por excepción, la niebla no era exageradamente fría ni demasiado densa; Gayarre y Sarasate, hartos de tener por cárcel el hotel y por diversión el teatro, salieron de paseo con ánimo de espaciar la mente, desentumecer los músculos y admirar los escaparates de las tiendas, que constituyen en Londres una verdadera delicia para el forastero. Al doblar la primera esquina se entraron por una calleja estrechísima, formada por lujosas viviendas, casas de vecinos en su mayor parte, cuya opulenta fachada de piedra les daba aspecto de palacios.

En una de las aceras, al resguardo de diminuta ventana rasante, sentado sobre escasa silla de tijera vieron a un pobre ciego, el cual rasgaba con las uñas, de vez en cuando las tirantes cuerdas de vetusto violín, trasto sucio que yacía de largo a largo sobre las flacas piernas del mendigo. Esta era la can-

ción: «¡Ran, ran! Trin, trin!»; nada más; las piedras se encargaban de repetirla, utilizando ecos y resaltos.

El infeliz no sabía música; no tocaba; desconocía el manejo del arco; sólo su alma y sus desdichas hacían gemir las cuerdas del desvencijado instrumento, para indicar a los transeuntes que pedía limosna sin tender la mano, aflictiva posición que no toleraba la policía. El acorde extravagante hacía el efecto de quejumbrosa demanda, o, por mejor dicho, de triste oración, que solicita dádivas; éstas rara vez sobrevenían después de la cadencia inarmónica; pero el desdichado ciego, como no veía su desgracia, ni a la errante indiferente providencia, que se alejaba sin socorrerle, repetía el aviso para no perder del todo la esperanza. Estaba seguro de no disponer de otro troquel que del *pizzicato* romántico y desacorde, así es que, cuando a su estribillo petitorio no seguía el tintineo de la moneda, piadosa, rasgaba de nuevo las cuerdas del violín.

Gayarre, al contarme, la aventura, añadió, con emocionante sencillez: «Vimos al mendigo tan desamparado aguantando el frío de Londres, en una calle de esas húmedas, cuyos balcones permanecían herméticamente cerrados como si dijese: «No esperes nada; la limosna que solicitas podría costarnos cruel enfermedad o la muerte; tus arpeados sin ritmo, confusos, estridentes y raros se pierden en el aire; los vidrios de nuestras ventanas nos impiden oír las opacas notas de tu agrio, cascajoso violín.»

Sarasate y yo teníamos ya en las manos algunos chelines para entregárselos al pordiosero; mas de pronto se me ocurrió una idea que juzgé luminosa.

—¿Te atreves?—pregunté a Sarasate, mostrándole con la vista el violín del mendigo.

—Deja que lo temple primero. Está hecho añicos.

Y meneó lentamente los rizos de su espléndida cabellera, en señal de duda.

Y solicitando con un «perdón» cortés, permiso del ciego, cogió el cachivache, hizo cantar las cuerdas, volteó clavijas, afianzó en el cuello el instru-

mento, blandió el arco... y un mundo de armonías llenó la calle e hizo vibrar las casas, cuyas fronteras, ennegrecidas por la lluvia y el humo, conservaban su aspecto hosco y despiadado.

—¿Te atreves tú con un «zortzico»? ...me preguntó Sarate, con tonillo insolente, como si dijera: «¡Ordago a la grandel!»

—Para los desdichados, ya lo sabes siempre estoy en voz. Cuando quieras..., tú eres el director—contesté.

Nuestra buena intención fue premiada en silencio por la mirada sin luz del pobre mendigo y la dulce sonrisa que floreció en sus labios. No había duda, el pordiosero, oído el prefacio, nos consideraba grandes artistas.

Sarasate se excedió a sí mismo—me refirió Gayarre—; el violín, untuoso, negro, polyorientó y resquebrajado, alcanzó en sus manos sonoridades de orquesta de gran teatro. Preludió un «zortzico» de modo tan magistral, que yo, cuando él, con la cabeza, me dió entrada, emocionado, canté, sin reservas, a toda voz la santa, dulce y bravía canción éuskara, en que el amor y el ansia de gloria duermen entre lanzas, espadas y atabales con la misma fe con que otras veces hube de atacar el «Miserere» aspirando a claveles y violetas en la hermosa Catedral de Sevilla.

Al finalizar la primera estrofa se abrieron algunas puertas y ventanas y cayeron a nuestros pies muchos peniques mezclados con muy pocos chelines: conseguido el éxito me quité el sombrero para dar las gracias a los generosos donantes, indicando con el ademán a las personas que se asomaban a los balcones que la colecta era para el viejo no para nosotros.

Entonces resonó un aplauso febril, estruendoso, casi español; algunos transeuntes, al oír el estrépito, se detuvieron formando corro; Sarasate inició una jota, que yo entoné con bravura. Fué en mí, lo confieso, un acto de vanidad; quise probar si mi voz era lo bastante poderosa para abrir de par en par las puertas y ventanas de todos los edificios. Lo logré; cuando triunfador, miré al cielo me pareció que los ángeles agitaban sus alas alrededor de

mi frente punteando el estribillo.

La música del moro valenciano Aben-Jot hizo el milagro; el adorno de lo sublime lo puso la genial maestría de Sarasate: yo me limité a perforar los despiadados muros de granito con mis agudos chillidos; la limosna cayó de lo alto merced a la inagotable caridad de los londinenses. ¡Bendita sea aquella mañana!

De todos los huecos llovían monedas, que con humildad, ternura y agrado, fuimos recogiendo mi compañero y yo; le entregamos al mendigo dos grandes puñados de plata y casi un celemín de piezas de cobre; el infeliz se levantó conmovido exclamando «¡Alla!» en inglés («Gracias, muchas gracias») y aun quiso besarnos las manos; pero nosotros nos despedimos más que de prisa, porque algunos espectadores nos reconocieron y nos vitoreaban. Tuvimos miedo a nuestra fama y... a tener que repetir las canciones.

Huímos de la ovación callejera, pero nos encontrábamos tan satisfechos de nuestra obra, que ni siquiera sentíamos frío. Ya íbamos muy lejos y aún oíamos las palmadas y las bendiciones del agradecido pordiosero.

—¿Estarás contento?—pregunté a Sarasate al volver una esquina.

—Contentísimo; es el mejor concierto que he dado en toda mi vida. Este Londres sería delicioso si pudiéramos fundir su niebla glacial con un poco de sol de nuestra querida España.

Y después de esta vanidad patriótica, nos abrazamos, gozosos, con las pestañas humedecidas por la niebla o... por las lágrimas».

Precio de suscripción directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales
Media id.....	2	»
Un cuarto id... 1	»	»
Un octavo id.. 0'50	»	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela (Alicante).

Imp: La Lectura Popular.—Orihuela